

Pacífico, Florencia: “¿Somos (des) unidas? Chismes y valores morales a partir de una etnografía de la participación de mujeres en el Programa Ellas Hacen”; en *REA*, N° XXIV, 2018; Escuela de Antropología – FHUMYAR – UNR; pp. 1-22.

¿Somos (des) unidas?

Chismes y valores morales a partir de una
etnografía de la participación de mujeres en el Programa Ellas Hacen¹

Florencia D. Pacífico

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA)

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Buenos Aires

Argentina

flor.pacifico@gmail.com

Resumen

Este artículo analiza los modos en que mujeres inscriptas en el Ellas Hacen construyen cotidianamente su “participación” en el programa. Recuperando una serie de estudios sobre prácticas políticas de sectores populares y la conceptualización de la política colectiva como un hacer juntos(as), (Fernández Álvarez, 2016) se propone que la obligatoriedad de asistir a una serie de actividades propuestas por un programa estatal es vivenciada colectivamente por

¹ Una versión anterior de este trabajo se presentó en las VIII Jornadas de Investigación en Antropología Social Santiago Wallace, realizadas en julio de 2016 en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y formó parte de los resultados de mi tesis de Licenciatura en Ciencia Antropológicas (Pacífico, 2016). Quisiera agradecer los comentarios de Julieta Gaztañaga y Soledad Cutuli, que fueron jurados durante la defensa de la tesis y a mi directora, María Inés Fernández Álvarez, por el cuidado de sus lecturas y valiosos aportes hacia mi trabajo. Por último, agradezco las sugerencias de los/as evaluadores/as anónimos/as de este artículo que me resultaron muy productivos para repensar cuestiones planteadas aquí.

quienes son consideradas sus “destinatarias”. A partir de la reconstrucción etnográfica de discusiones en torno a la “participación” y de la circulación de chismes, se propone que la unidad como valor moral opera como un aspecto clave en la construcción de prácticas políticas colectivas en estos espacios.

Palabras clave

Etnografía, política, prácticas colectivas, sectores populares.

Are we (de) united? Gossip and moral values from an ethnography of women’s participation in the program « Ellas Hacen »

Abstract

This article discusses the way in which women beneficiaries of the “Ellas Hacen” develop their everyday practises within the framework of the Program. My analysis uses a line of studies on popular sectors’s political practices and the conceptualization of collective practices as a way of “doing together” (Fernández Álvarez, 2016). The analysis reveals that the obligation to attend to activities proposed by a state program is experienced collectively by those who are considered its "beneficiaries". Through an ethnographic approach, this paper exposes discussions about "participation" and the “gossip”’s circulation. It is proposed that unity as a moral value operates as a key aspect in the making of collective political practices in these spaces.

Keywords

Ethnography, politics, collective practices, popular sectors

*

Introducción

El 13 de marzo de 2013, la entonces presidenta Cristina Fernández de Kirchner anunció el lanzamiento de una nueva etapa del Programa de Ingreso Social con

Trabajo: el Ellas Hacen. La política pasó a implementarse a través del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación (MDSN), dirigida a mujeres sin empleos formales, que percibieran la Asignación Universal por Hijo² y tuvieran tres o más menores a cargo y/o sufrieran violencia de género. Desde el discurso estatal el desarrollo de esta línea de intervención se fundamentó en el antecedente del Programa Argentina Trabaja, el cual venía desarrollándose desde el año 2009, promoviendo la formación de cooperativas de trabajo que realizaron obras de mediana y baja complejidad y otorgando un ingreso monetario mensual a sus integrantes.³ El Ellas Hacen profundizó esta apuesta por la formación de puestos de trabajo a partir de cooperativas (Hopp, 2016). Esta vez, sus integrantes fueron exclusivamente mujeres y se puso el foco en la obligatoriedad de finalizar estudios formales y participar de capacitaciones como contraprestación requerida para permanecer en el programa. Como ya se ha señalado al respecto del Argentina Trabaja (Hopp y Frega, 2012; Natalucci, 2012; Fiszman, 2016), en el periodo que fue del 2003 al 2015, estos programas fueron presentados desde el discurso estatal como contrapuestos a las políticas asistenciales de las décadas previas. En lo que respecta al Ellas Hacen, fue fundamentalmente a partir de su incorporación en distintos espacios formativos que se pretendía avanzar hacia el “empoderamiento”⁴ de las mujeres.⁵

² La Asignación universal por hijo para la protección social consiste en la transferencia mensual de un ingreso monetario según cantidad de hijos/as menores a cargo. Está destinada a niños/as cuyos padres o madres estén desocupados/as, trabajen en la economía informal con ingresos iguales o inferiores al Salario Mínimo, Vital y Móvil, sean monotributistas sociales, o beneficiarios/as de algún programa social entre los que se encuentran el Argentina Trabaja, Ellas Hacen, Plan Manos a la obra y Plan Jóvenes por más y mejor trabajo. Para acceder a la totalidad de este beneficio, se requiere la acreditación anual de la escolarización y los controles de salud de los/as menores (Fuente: www.anses.gov.ar. Fecha de consulta: 23 de noviembre de 2015).

³ Vale la pena destacar que estos programas formaron parte de un conjunto de iniciativas llevadas adelante por el Estado nacional argentino entre los años 2003 y 2015, las cuales se orientaron hacia la generación de empleo a partir del trabajo asociativo (Hopp, 2013) y el fomento de la economía social (Hintze, 2007; Massetti, 2011). Como parte de este proceso, se diseñaron e implementaron distintos programas sociales que estimularon la conformación de cooperativas de trabajo, otorgando créditos y subsidios a sus integrantes. Entre estas políticas se destacaron las iniciativas del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación- MDSN- tales como el programa Manos a La Obra (2003) y el programa de Ingreso Social con Trabajo en sus dos líneas: “Argentina Trabaja” (2009) y Ellas Hacen (2013). El desarrollo de una línea de intervención específica destinada a mujeres se fundamentó en idea de que su incorporación en tareas consideradas tradicionalmente masculinas redundaba en la ruptura de estereotipos y generaba un efecto positivo de “recuperación de autoestima” en las mujeres “beneficiarias”. Fuente: “1er informe, antecedentes, evaluación y primera etapa de Ellas Hacen”, página 52.

⁴ Utilizo comillas para indicar palabras de mis interlocutores/as y cursiva para hacer referencia a palabras o expresiones que corresponden a categorías sociales (Rockwel, 2009)

⁵ Se diseñaron una gran variedad de instancias formativas propuestas para las inscriptas en el Programa, las cuales muchas veces implicaron la existencia de convenios con universidades, sindicatos y otros

Los procesos de formación de cooperativas en el marco de programas sociales implementados entre el 2003 y el 2015 han merecido la atención de una serie de estudios que pusieron el foco en el análisis de las características y alcances de dichas políticas. En pos de señalar las rupturas y continuidades con las políticas sociales implementadas durante la década de 1990, se han resaltado como aspectos novedosos de estos programas la centralidad otorgada a la cuestión del trabajo y la promoción de una organización del tipo asociativa y autogestionada, que rompió con la lógica “enlatada” y “burocrática” del neoliberalismo (Hopp, 2013; Hopp y Gimenez, 2011). Esta caracterización de estas políticas como contrapropuestas a las “asistencialistas” o “compensatorias” de los años 1990 (Hintze, 2007; Vuotto, 2008; Grassi, 2012), no impidió el desarrollo de un interesante debate acerca de sus límites y potencialidades para construir trabajo “genuino” o “sostenible” (Hopp y Frega, 2012). En ocasiones, estas cooperativas han sido caracterizadas como formas de “asociatividad forzada” que, si bien son valoradas por sus destinatarios como una oportunidad de trabajo, no ofrecen posibilidades de continuidad de forma autónoma e independiente de la ayuda estatal (Hopp, 2013). Las escasas instancias de auto organización del trabajo, la percepción individual del ingreso (Hopp y Frega, 2012) y el hecho de que sus integrantes no hayan participado de experiencias de organización previas ni se hayan asociado autónomamente (Arcidiacono et al 2014, Lo Vuolo, 2010; Hopp, 2013, Barbetti y Butti, 2016) han sido señalados como los principales límites de estos programas. Estos trabajos contribuyeron a problematizar las implicancias y complejidades asociadas al hecho de que estos programas propongan como requisito la formación de cooperativas de trabajo y la participación de instancias formativas y laborales. En este artículo, busco aportar a estas discusiones poniendo en suspenso la pregunta acerca de las posibilidades de generar prácticas “autónomas” o de “asociativismo genuino”, para poner el foco en las modalidades en que las mujeres construyen su “participación” en estos espacios. Sostengo que el hecho de que las capacitaciones sean un requisito obligatorio para acceder al ingreso monetario mensual y que las mujeres necesiten

organismos del Estado nacional. Entre las temáticas de estas capacitaciones se cursos de plomería e instalación de agua, talleres de cooperativismo y trabajo grupal y charlas de “promoción de derechos”. Fuente: Situación actualizada de titulares de la línea Ellas Hacen, perfil de los titulares y aspectos evaluativos al primer semestre 2015. Disponible en <http://www.desarrollosocial.gob.ar> Fecha de consulta: 23 de noviembre de 2015.

dicho ingreso, no agota el análisis de la forma en que se define la “participación” en las actividades.

Mi abordaje se inspira y retoma los aportes de distintos estudios etnográficos que han problematizado una serie de dicotomías desde las cuales se suelen analizar a las prácticas políticas de sectores populares. En su análisis sobre procesos de recuperación de empresas por parte de sus trabajadores, María Inés Fernández Álvarez (2007) ha propuesto tomar distancia de los enfoques que separan entre acciones “por la supervivencia”, motivadas por cuestiones materiales y otras “reivindicativas” que buscan reconocimiento. Esta contraposición, siguiendo a la autora, establece una jerarquía que ubica el sentido político del lado de las luchas por el “reconocimiento”, desatendiendo así, el carácter político de las acciones “por la necesidad”. Su trabajo nos invita a trascender la pregunta por las motivaciones que guían a las personas a organizarse colectivamente, para interrogar las condiciones que hacen posible el desarrollo de estas prácticas (Fernández Álvarez, 2017). En una línea similar, Julieta Quirós (2011) ha llamado la atención acerca de la existencia de dos imágenes morales que desde la opinión pública y el campo académico se han construido en torno a la política protagonizada por los sectores populares. A la imagen ejemplar (y positiva) de la resistencia se le contrapuso el discurso del clientelismo, desde el cual se denunció la forma espuria en que se distribuían las ayudas sociales (Quirós, 2011). El par clientelismo/resistencia ha sido abordado por otros estudios que procuraron analizar etnográficamente los modos en que las organizaciones se imbrican en las vidas de quienes participan de ellos, mostrando el modo en que diferentes perspectivas prácticas y definiciones en torno a qué es lo político se entraman en la cotidianidad (Ferraudi Curto, 2011). Se han analizado los modos en que la politicidad popular se construye singular e históricamente, por fuera de idealizaciones, reconociendo la agencia de los sectores populares (Semán y Ferraudi Curto, 2013) y atendiendo al entramado de relaciones que crean múltiples obligaciones y derechos (Colabella, 2013).

Entre noviembre de 2014 y abril de 2016 y en el marco de mi investigación doctoral en curso, acompañé espacios formativos, reuniones y otras situaciones de las vidas cotidianas de mujeres inscriptas en el Programa Ellas Hacen en los distritos de Tres de

Febrero y Moreno, zona noroeste del Gran Buenos Aires⁶. Mi trabajo se enmarca en una línea de indagación más amplia en la cual hemos analizado una serie de prácticas colectivas de producción de bienes, servicios y cuidados desarrolladas por sectores subalternos en pos de resolver la reproducción de la vida⁷. Desde el equipo de investigación que integro, hemos abordado la política colectiva atendiendo al modo en que ésta se redefine y negocia en el día a día, mediante procesos a menudo contradictorios y conflictivos que resulta conveniente capturar desde su *transcurrir* (Fernández Álvarez, 2016). Durante mi trabajo de campo, registré que mis interlocutoras conversaban recurrentemente en torno a cuáles eran los alcances de su “participación” en el programa y qué prácticas y relaciones esperaban de sus compañeras. Estas preocupaciones motivaban discusiones en las que solían expresarse sentimientos de bronca y desilusión hacia actitudes de otras compañeras, evocando a la *unidad* como valor moral a partir del cual se sopesaban grupos y personas. Solían circular “chismes” acerca de los motivos por los cuales alguna de ellas se ausentaba a las capacitaciones o sobre las formas en que “participaba” en ellas. En estas páginas, analizo estos debates y reflexiones como modos a partir de los cuales la “obligatoriedad” es procesada colectivamente en el *transcurrir* de las relaciones cotidianas⁸. Recupero debates antropológicos en torno al “chisme” como práctica de relevancia para la construcción de relaciones sociales (Elias y Scotson, 1994; Fonseca, 2000; Fassano, 2006) y a la moral como fenómeno constitutivo de la vida social y las prácticas políticas (Balbi, 2007, Fassin, 2012, 2013)

⁶ Durante esta etapa, las cooperativas estuvieron mayormente dedicadas a participar de instancias formativas y a la finalización de sus estudios secundarios. Mi investigación profundiza en los resultados de la tesis de licenciatura (Pacífico, 2016) y tuvo continuidad en el acompañamiento de las experiencias de mujeres en organizaciones sociales y cooperativas nacidas al calor del “Argentina Trabaja”. En esta segunda etapa de trabajo de campo, he venido acompañando sus prácticas de trabajo, participación en procesos de movilización, espacios formativos y otras situaciones de la vida cotidiana.

⁷ Proyectos UBACyT “Etnografía de procesos de organización colectiva del trabajo en sectores subalternos: entre lógicas racionales, prácticas creativas y dinámicas políticas y PICT “Prácticas políticas colectivas, modos de gobierno y vida cotidiana: etnografía de la producción de bienes, servicios y cuidados en sectores subalternos”, bajo dirección de la Dra. María Inés Fernández Álvarez y radicados en el Instituto de Ciencias Antropológicas, FFyL, UBA.

⁸ Desde la perspectiva que retomo en estas páginas se entiende que el desarrollo de prácticas políticas colectivas supone un conjunto de procesos conflictivos, contradictorios y negociados a partir de los cuales lo colectivo se revela no como un conjunto de atributos definidos a priori, sino en su carácter necesariamente contingente, fluido y parcial (Fernández Álvarez 2016). Así con “procesar colectivamente” me refiero al modo en que las personas lidian con conflictos, abordan tensiones y producen acuerdos, entendiendo a estas acciones como parte fundamental del modo en que se generan prácticas colectivas.

“No todas participan igual”

“Como dificultad pusimos las llegadas tardes, la asistencia y que no todos participan igual. No es lo mismo venir que participar, algunas solo dan el presente y otras estamos acá, participando de las actividades”, había dicho Carla. Era noviembre de 2014, estábamos en el patio trasero del club barrial en el cual se desarrollaban las capacitaciones de Género y Proyectos de país⁹ y la tallerista había propuesto hacer un balance de fortalezas y debilidades de la cooperativa. No era la única vez que escucharía declaraciones semejantes. Las dificultades para cumplir con la asistencia eran tema central de las conversaciones cotidianas. La bronca hacia las que no asistían a capacitaciones y estudios formales era muchas veces expresada en términos de injusticia. “Nosotras nos rompemos el lomo y las demás no vienen”, solían decir. “Yo no estoy estudiando para cobrar. Iba a terminar la escuela aunque no me saliera el plan, ya me había anotado antes”, me dijo una vez Rosa, desaprobando inmediatamente a quienes, supuestamente, “estudiaban sólo para cobrar” y afirmando su voluntad para estudiar más allá de lo que imponía el programa.

Lo que estaba en juego en las declaraciones de Rosa y Carla no era sólo el cumplimiento de la asistencia como requisito obligatorio, sino también la “participación”, la predisposición, la forma en que “se estaba”. Ambas eran en ese momento integrantes de una cooperativa conformada en el marco del programa Ellas Hacen en Tres de Febrero, la cual estaba integrada por unas 30 mujeres de entre 23 y 55 años. Desde agosto de 2014, comenzaron a reunirse semanalmente para participar de las capacitaciones previstas por el Programa. Este espacio fue muchas veces descrito como un momento de “diversión” y “despeje”, en el cual solían circular consejos, problemáticas familiares, chistes, recetas de cocina y un sinnúmero de otras cuestiones. Entremezcladas en esas conversaciones, circulaban también comentarios como los reconstruidos en el párrafo previo, mediante los cuales se sopesaban las formas de participar de sus compañeras. Cuando Mariela, la presidenta de la cooperativa,

⁹ Estas capacitaciones fueron desarrolladas entre 2014 y 2015 y consistían en encuentros semanales de reflexión en torno a tres módulos: Género, Economía Social y Comunicación. Según fuentes oficiales, se trató de segundo taller con más cobertura dentro del programa en la provincia de buenos aires, alcanzando al 44% de las mujeres. Fuente “Situación actualizada de titulares de la línea Ellas Hacen, perfil de los titulares y aspectos evaluativos al primer semestre 2015” Disponible en www.desarrollosocial.gob.ar Fecha de consulta: 23 de noviembre de 2015

comenzó a sumar inasistencias y llegadas tarde a los encuentros semanales, algunos de estos comentarios se posaron sobre ella. Sus “faltas” sumaban una preocupación extra. Ella era la encargada de dejar asentada la asistencia en planillas que eran presentadas al MDSN y sus compañeras temían que, si tenía dificultades para cumplir esta función, esto trajera aparejadas complicaciones para todas. Ante situaciones de urgencia, como problemas de salud o la necesidad de realizar trámites personales, las inasistencias podían “justificarse” presentando certificados correspondientes. El manejo de todo este papelerío recaía en buena medida sobre las presidentas, demandando tiempo y colocándolas en un lugar especialmente difícil para con el resto de las integrantes de las cooperativas.

Mariela había sido electa como presidenta por sus compañeras, quienes consideraron que era “la más capacitada” porque siempre “estaba al tanto de lo que sucedía y transmitía información”. Esta valorización de Mariela era constantemente actualizada en las apreciaciones de sus compañeras. Cuando ella regresó a la cooperativa después de algunas ausencias y en el medio de todas estas incertidumbres y tensiones, sus compañeras no tardaron en expresarle su disconformidad. Ella les dio tranquilidad afirmando que se había ocupado de “cumplir” con lo que debía en tanto su lugar de presidenta y asegurándoles que no tendrían dificultades. Estaba visiblemente molesta por las acusaciones recibidas y por lo que intuía que se venía hablando sobre ella: “Yo siempre tuve la mejor onda con ustedes y a ninguna se le ocurrió preguntarme qué me pasaba, si tenía algún problema o por qué no estaba viniendo”, dijo con enojo. Unas semanas después, Carla se acercó a ella y le comentó que había estado pensando en la posibilidad de “armar un proyecto” y comenzar a producir algo que pudieran vender. Por una vecina había escuchado que en otra cooperativa estaban impulsando un emprendimiento textil. Ambas conversaron un rato y Mariela opinó que le parecía una buena idea pero que, dada la “desunión y la falta de solidaridad” que había entre ellas, sería difícil de ponerla en práctica. Carla reconstruyó este intercambio con desilusión, aunque coincidiendo en su forma de describir las relaciones en la cooperativa: “Antes, éramos un grupo re lindo, nos llevábamos mejor. Ahora todas se la pasan hablando por detrás”, me dijo con un desánimo que yo venía observando y, en cierto modo, sintiendo. Se venían diciendo cosas de lo que Mariela hacía y dejaba de hacer. A quiénes les pasaba el presente, qué faltas “justificaba”, cómo intervenía frente a sus

propias ausencias. Era evidente que algo de todo lo dicho, había llegado a oídos de Mariela provocándole enojo. La circulación de “chismes” modelaba las relaciones dentro de la cooperativa.

Desde la antropología, se han realizado distintos aportes para pensar el lugar que el “chisme” ocupa en las relaciones sociales. En su ya clásico “Gossip and Scandal”, Gluckman (1963) fue pionero en señalar al “chisme” como un juego culturalmente controlado que posee importantes funciones sociales vinculadas al mantenimiento de la cohesión social y *unidad* de los grupos. A partir del análisis de las relaciones entre habitantes de un pequeño poblado del área industrial inglesa, Elías y Scotson (1994) proponen pensar al “chisme” no como un fenómeno independiente, sino como un instrumento que contribuye tanto a reforzar la integración o cohesión social de los grupos como a excluir personas y cortar relaciones, reforzando la integración ya existente. Elías y Scotson inscriben esta reflexión en un análisis más amplio acerca del modo en que los grupos movilizan identificaciones recíprocas. Estudios posteriores sobre sectores populares se han detenido en analizar su importancia en la vida cotidiana. El trabajo de Claudia Fonseca (2000) ha señalado al “chisme” como el medio privilegiado por el cual las mujeres influyen en la reputación de otras personas, perjudicando o consolidando la imagen pública e incidiendo sobre la producción del honor. Partiendo de estos aportes, Patricia Fassano (2006) ha invitado a pensarlo como una de las prácticas a partir de las cuales los sujetos otorgan significación y producen la vida social, redefiniendo alianzas y conflictos. El “chisme” ha sido abordado desde su carácter productivo, señalando los modos en que incide sobre cuestiones que no pueden ser dichas abiertamente, involucran moralidades públicas (Fassano 2006, Eilbaum 2011; Colabella, 2013) y generan desprestigio (Fonseca, 2000; Ferraudi Curto, 2011).

Lo que se decía acerca de Mariela y de otras mujeres de la cooperativa, hablaba mucho más que de ellas. Retomando los aportes de estos estudios, podemos afirmar que mediante la circulación de “chismes” se expresaban imágenes asociadas al deber ser de la cooperativa y formas de valorizar a sus integrantes. Reconocer que se hablaba “por detrás”, era pensado como un obstáculo de construir una cooperativa “unida”. La *unidad*, como valor moral que forma parte de las características ideales de este tipo de entidades, sobrevolaba estas discusiones en torno a las modalidades de participación. En las capacitaciones propuestas por el programa, los y las talleristas solían resaltar la

importancia de que exista “unión y compañerismo” entre las integrantes de las cooperativas, haciendo referencia a los “valores cooperativos”¹⁰. Sin embargo, la *unidad* no tenía un sentido unívoco ni se construía de una vez y para siempre. Era algo sobre lo que las mujeres reflexionaban recurrentemente y un ideal a partir del cual posicionarse. Mediante el “chisme”, se procesaban preocupaciones y desacuerdos que construían a la cooperativa cotidianamente. El “chisme” permitía, no sólo expresar tensiones y rupturas entre algunas integrantes de las cooperativas, sino establecer alianzas entre mujeres, reafirmar la cercanía y fortalecer lazos de confianza.

¡No somos un nido de serpientes!

La reunión se convocó para las 15 horas en la casa de Marcia, a unas 30 cuadras de la estación de trenes de Moreno. Llegué con Flavia, la presidenta de la cooperativa. Durante el viaje hacia allí, ella me comentó que, entre otras cosas, el objetivo del encuentro se dirigía a “ajustar algunas cosas” con respecto a las asistencias: “¡Muchas están faltando y me levantan en peso a mí!”, me dijo. Además, “desde el programa” habían pedido que entregasen una planilla con la “situación educativa” de todas las integrantes de la cooperativa, informando quiénes habían finalizado el secundario y quiénes aún se encontraban cursando y entregando copias de certificados de alumno regular o analítico. Flavia me comentó que el lugar elegido para la reunión respondía, entre otras cosas, a que, debido a problemas de salud, Marcia no podía trasladarse de su casa pero colaboraba siendo anfitriona de los encuentros, difundiendo información, completando planillas y libros de actas. Sus inasistencias a las capacitaciones se encontraban “justificadas”. Cuando llegamos a la casa de Marcia, una treintena de mujeres ya estaba reunida alrededor de una gran mesa rectangular. Marcia tenía el libro de actas abierto sobre la mesa y pasaba lista. Colocaba la letra “p” al lado de los nombres de quienes estaban presentes. El ausente se registraba con puntos verdes para las “faltas justificadas” y rojos para aquellas que carecían de justificación. Al finalizar la reunión, cuando todas se habían retirado y solo quedamos Flavia, Marcia y yo, la escucharía decir que esta diferenciación había “dado resultado” para llamar la atención

¹⁰ Como parte de estos ciclos de formación, solía hacerse referencia a la definición y estructura de la cooperativa como forma de organización, mencionándose los “valores cooperativos”, tales como la ayuda mutua, la solidaridad y la equidad.

de las mujeres. Comprendí que la práctica de llenar el cuaderno delante de todas y mostrar públicamente la situación de cada una no era una contingencia. Permitía mostrar transparencia en el manejo de las planillas y evidenciar las consecuencias que venían aparejadas con las inasistencias. Puntos rojos y verdes sintetizaban parte del lugar que cada una ocupaba en ese grupo.

Flavia dio inicio a la reunión diciendo que “del Ministerio” estaban queriendo saber quiénes estudiaban y quiénes no y que cada una debía hacerse responsable: “Acá somos todas grandes y cada una sabe lo que tiene que hacer... Porque a mí me llega que algunas hablan mal de mí, y yo no tengo la culpa ni de lo que ustedes hacen, ni de lo que hace el Ministerio. Yo siempre comunico las cosas y conmigo ustedes siempre se pueden comunicar”. Acto seguido, Marcia pasó a explicar los detalles de la documentación requerida y Flavia pidió disculpas por el corto plazo, señalando que ellas mismas se habían enterado hacía pocos días. La llegada de una mujer de unos 30 y cinco años, interrumpió los avisos. Se escucharon comentarios por lo bajo y Flavia no tardó en acusar recibo de la aparición:

- Bueno, tengo a varias chicas que se tienen que ir a buscar a los chicos y yo también me tengo que ir rápido... Pero vamos a aprovechar este momento, en el que está acá la señora Eliana López.- dijo anunciando su nombre con solemnidad - Yo le quiero preguntar a ella, que nos diga qué piensa hacer, si va a participar o no ...
- Yo si no vine fue porque nunca me avisan y si me siento agredida y excluida, obvio que no me voy a querer acercar - respondió Eliana

La respuesta de sus compañeras fue contundente. Desmintieron con énfasis el hecho de que ella no hubiera sido avisada y le reclamaron que se acerque, llame, pregunte. Entre las respuestas, varias agregaron otros planteos, como que Eliana no las solía saludar cuando se cruzaban por el barrio, o que sabían que había hablado de ellas como “un nido de serpientes”. Eliana no encontraba la forma de defenderse de las acusaciones. Se limitó a decir que iba a ir a las reuniones “si le avisaban”. La sola insinuación de que podían no avisarle, reavivaba el conflicto generando ofensa en sus compañeras. Flavia y Marcia recibían su comentario como una acusación de que no estaban “cumpliendo” con sus tareas. Fue llamativo que varias de las mujeres trajeran a colación el hecho de que Eliana no las saludase. Flavia aludió al mismo asunto diciendo “yo jamás te quité el saludo”. Si Flavia había dado inicio a la reunión evocando responsabilidades individuales, el desencuentro con Eliana trajo otras cosas a

la luz. En estos desencuentros y broncas que se hacían recurrentes, se expresaba algo más que la indignación hacia el incumplimiento de requisitos pre establecidos. A Eliana le pedían que se acerque, que no se aleje, que salude, que llame. Al defenderse, ella también recurría a cuestiones vinculadas al trato que recibía, diciendo sentirse “agredida”, “no integrada”, “excluida”. La bronca de las mujeres no respondía sólo a su falta de “participación” en aquello que era definido como “obligatorio” desde el programa, sino que se anclaba en la forma en que ella se relacionaba con las demás y el trato que les brindaba. Flavia también había tomado distancia de la obligatoriedad cuando me introdujo en la reunión y pidió que votasen si aceptaban mi presencia. Había remarcado que “no estaban obligadas a aceptarme”, pero que era “una forma de ayudarme”. Separarse de la imagen de quienes hacen las cosas por obligación y acercarse a la idea de actuar “para ayudar” parecía ser algo clave entre ellas.

Al final de la reunión, cuando me quedé sola con Flavia y Marcia, mientras reanudábamos el mate y charlábamos de las tareas escolares de sus hijos e hijas, Marcia recordó el conflicto con Eliana y, ya sin la exaltación que había primado anteriormente con un tono reflexivo y de cierto lamento, me dijo: “Ella dice que no viene porque el mensaje no le llegó, pero otras veces sí le llega... Después anda diciendo que somos desunidas. Pero no es así. ¿Vos qué pensás? ¿Somos desunidas?”. La pregunta de Marcia me puso en un lugar incómodo. Ser o no “unidas”, resultaba una preocupación importante para ellas a la que yo también debía dar relevancia. Respondí negativamente e intenté, quizás no exitosamente, tomar distancia de la idea esencial de *unidad*, resaltando que “en cualquier grupo hay conflictos”. Recordé a Carla, cuando Mariela la desalentó de “armar un proyecto”, recurriendo justamente a que no eran lo suficientemente unidas como para llevarlo adelante. Fui comprendiendo que había un elemento más que daba contenido a lo que se entendía por “participación” en estos espacios y que formaba parte de un “deber ser” en estas cooperativas. Sus integrantes procuraban no sólo tomar distancia de quienes “iban por la plata” o “no se comprometían”, sino construir un grupo “unido”, no ser un “nido de serpientes”. Esta vez, era por medio de acusaciones públicas que se movilizaban estas imágenes ideales de la cooperativa. Los valores morales – de unión y solidaridad – parecían demarcar lo que era (y no) posible hacer.

La moral ha sido objeto de interesantes reflexiones antropológicas. Particularmente, se han desarrollado análisis que apuntaron a la toma de distancia con respecto a miradas normativas y abstracciones, para analizarla como producto de la acción social, poniéndola en relación con instituciones, entramados de relaciones (Balbi, 2007) y asuntos políticos (Fassin, 2012). Un abordaje antropológico de la moral posee la potencialidad de suspender la búsqueda de definiciones abstractas o juicios apriorísticos para centrarse en los modos en que las personas interpretan y experimentan el mundo circundante (Balbi, 2007), atendiendo a cómo intentan actuar moralmente (Fassin, 2013). La moral no es entonces un dominio separado de la vida social, ni una fachada detrás de la cual se ocultan los verdaderos intereses de las personas¹¹. Me interesa particularmente recuperar de estos planteos, la invitación a pensar la moral en sus intersecciones con las emociones y la expresión de sentimientos. El análisis de Didier Fassin (2013) sobre el *resentimiento* ha mostrado el modo en que sentimientos como la bronca y la indignación, no se encuentran escindidos de aquello que es experimentado o imaginado como injusto y a la movilización de supuestos morales. Esto implica abordar la expresión de dichos sentimientos tomando distancia de análisis que la ubiquen como acción estratégica basada en el cálculo. Siguiendo este enfoque, podemos afirmar que la bronca y el enojo expresados hacia Eliana se fundaban en sensaciones de injusticia, pero no se limitaba a ser respuestas a un cálculo en torno a los cumplimientos e incumplimientos de los requisitos establecidos por el programa estatal. En sus sentimientos, entraban en juego cuestiones más profundas vinculadas al tipo de trato y forma de relacionarse que se esperaba entre ellas. El trabajo de Fernando Balbi (2017) demuestra que en el caso de una cooperativa de pescadores, valores asociados a la doctrina cooperativista – como la *igualdad*, *horizontalidad*, *solidaridad* – eran sometidos a discusiones en los que se expresaban la heterogeneidad de sentidos asociados a ellos¹². En el caso que venimos analizando, la expresión pública de bronca e indignación también dejaba entrever los caracteres

¹¹ En su análisis sobre el lugar de la *lealtad* en las prácticas políticas de peronistas, el autor observó que es posible que moral e interés se identifiquen y fusionen, ya que, en gran parte del comportamiento humano, tendemos a confundir aquello que nos conviene hacer con lo que consideramos correcto (Balbi, 2007)

¹² En contraste con lo observado para la cooperativa de pescadores, el análisis de los usos del universo conceptual de la *lealtad*, le reveló al autor que los sentidos de este valor moral variaban escasamente y sus usos prácticos se ajustaban a unos pocos procedimientos que, por su eficacia, no alentaban futuras resignificaciones (Balbi, 2017)

polisémicos del valor moral de la *unidad*, incorporando cuestiones como la presencia o ausencia del saludo y el tipo de trato establecido entre las mujeres. Balbi pone en práctica una forma de definir a los valores morales que se inspira en trabajos antropológicos clásicos de Firth (1976) y Pitt Rivers (1989), para entenderlos como productos y elementos constitutivos de procesos sociales concretos. Específicamente, el trabajo etnográfico de Pitt Rivers (1989) sobre una pequeña comunidad de la sierra de Cádiz, analiza la producción de valoraciones morales, poniendo el foco en que, a diferencia de lo que se suele creer, estos valores distan de ser uniformes ya que no son igualmente compartidos por todos los miembros de la comunidad. Los valores son definidos como la trama de deseos y sanciones mediante los cuales los individuos determinan su conducta. La percepción social de dichos valores varía según la posición del individuo – su sexo, edad, status, etc. – y de acuerdo con contextos y situaciones diversas. En este sentido, vale la pena considerar que la situación que describimos más arriba poseía algunas características que seguramente motivaron a que las acusaciones levantadas contra Eliana, tomaran tonalidades particulares. Estos reclamos y valoraciones emergieron en ocasión de una reunión que se llevaba adelante en la casa de una de las integrantes de la cooperativa y no durante capacitaciones o reuniones con funcionarios estatales. Estar en una casa, en el barrio donde habitaban varias de las que formaban parte de la cooperativa dio pie a evaluar y expresar opiniones acerca de cómo participaba su compañera que contemplaron no solamente su asistencia o inasistencia a las actividades propuestas, considerando aspectos acerca del trato que ella proporcionaba a las otras fuera de las actividades del programa, en el mismo barrio que las hacía cruzarse en el día a día.

Por último, una segunda cuestión que nos permite iluminar el aporte de Rivers (1989) se vincula con la centralidad que adquiere la opinión pública a la hora de desarrollar sanciones morales. Según el autor, la fuerza de estas sanciones radica en su anonimato. En el caso que he reconstruido, la construcción de una imagen pública aceptable tanto de la cooperativa como de sus integrantes se ponía en juego en los intercambios. Que se dijera que ellas eran “un nido de serpientes” constituía una ofensa grave, a la cual las mujeres se esforzaban por rebatir, esgrimiendo que venía de alguien que incumplía con los comportamientos esperados en tanto integrante de ese colectivo. La *unidad* forma parte de los modelos ideales comúnmente asociados a las cooperativas

y muchas veces las entidades de este tipo que fueron creadas a partir del impulso de políticas estatales son abordadas poniendo el énfasis en que se trata de formas menos espontáneas o genuinas de asociativismo¹³. Así, es posible rastrear que la preocupación por ser (o no) “unidas”, estaba seguramente permeada por sanciones y acusaciones que iban más allá de las tensiones existentes entre ellas. En este caso, además, contraponer la *unidad* a la imagen de “un nido de serpientes”, remite a sentidos tradicionalmente asociados a lo femenino¹⁴. Considero entonces que los intercambios analizados aquí constituyen muestras del modo en que asociaciones más anónimas que circulan en la opinión pública, como la discusión acerca del carácter genuino de las cooperativas nacidas en el marco de la implementación de programas estatales, o la asimilación de las interacciones entre mujeres a la imagen de “nidos de serpiente” interpelan a las personas cotidianamente. Ser “unidas” y estar dispuestas a ayudar emergieron como valores de importancia que configuraron un horizonte a partir del cual se sopesaban acciones y personas. Verse acusadas públicamente de lo contrario – ser “desunidas” o “un nido de serpientes” – constituyó una forma de sanción moral que generó indignación y rechazo. La *unidad* era un deseo compartido por buena parte de las integrantes de la cooperativa y debía ser confirmado y construido a partir de pequeñas acciones cotidianas tales como “saludar”, “acercarse” y brindar un “buen trato”.

Reflexiones finales: Más allá de la obligatoriedad

En este artículo, sostuve que el carácter obligatorio de la asistencia a capacitaciones y reuniones de un programa estatal es reconstruido y procesado colectivamente por quienes son consideradas sus “destinatarias”. Llegué a indagar en estas cuestiones

13 Fernández Álvarez (2014) ha identificado que existe una tendencia englobar una heterogeneidad de experiencias de gestión colectiva del trabajo, mediante dicotomías que encierran lecturas valorativas y que oponen aquellas impulsadas por programas sociales– vistas como “desde arriba”- a otras que corresponden a prácticas definidas como “de base” cuyo surgimiento suele ser entendido a partir de la búsqueda voluntaria de asociatividad de quienes las integran. En pos de tomar distancia de enfoques normativos y de conceptualizaciones que parten de principios abstractos definidos de antemano Fernández Álvarez propuso interrogar a las cooperativas como categorías de la práctica.

¹⁴ Si bien no es la temática central de este artículo, es preciso recordar que desde los aportes de la antropología feminista, las definiciones en torno a lo masculino y lo femenino forman parte de construcciones que constituyen y derivan de relaciones de poder y desigualdad basadas en el género (Lamas, 1986; Rosaldo, 1995; Scott, 1996). La situación de las mujeres es producto de la acción humana en sociedades concretas y de los sentidos que sus acciones adquieren en las interacciones sociales (Rosaldo, 1995, Lamphere; 2000).

guiada por preocupaciones que mis interlocutoras en el trabajo de campo expresaban recurrentemente. A menudo, las escuché preguntarse e inquietarse ante la “falta de participación” de sus compañeras en comentarios y expresiones que adquirirían a veces un tono de bronca e indignación o hasta un dejo de desilusión. “Las que no vienen, cómo se la pierden”, escuché decir a Mónica, una integrante de una cooperativa del distrito de Tres de Febrero, mientras se secaba las lágrimas de la risa en el medio de un aluvión de chistes y carcajadas compartidas con aquellas que sí estaban presentes. En algunos casos, estas reflexiones derivaron incluso en la formulación de preguntas, a veces promovidas por talleristas a cargo de las capacitaciones y replanteadas en recurrentes oportunidades: ¿Por qué no vienen? ¿Dónde están las que no están? Interrogantes que rápidamente visibilizaron dificultades para conciliar el trabajo de cuidado de hijos/as con la participación en las actividades promovidas por el programa y en algunos casos situaciones de violencia de género¹⁵.

Durante mi trabajo de campo recorrí espacios formativos, reuniones y otras actividades que desde el diseño de los programas estatales son definidos como *obligatorios* y fui percibiendo que las prácticas desarrolladas allí iban mucho más allá de lo que la política establecía como *contraprestación*. Un día, mientras estábamos tomando mate al sol de la mañana antes del inicio de una jornada de capacitación, una de las chicas preguntó si alguien había traído galletitas o “algo para compartir”. “Sí, yo traje, ¡¡un montón de problemas!!”, respondió otra entre risas, “¿Querés de los nuevos, los más calentitos? Tengo también problemas de los viejos”. Las capacitaciones eran, muchas veces, vivenciadas como una oportunidad para el “despeje” o la “diversión” en las cuales “compartir problemas” constituía una acción de relevancia (Pacífico, 2016; 2017). Este espacio de encuentro e intercambio no se limitaba únicamente al momento y lugar de las capacitaciones. Eran espacios que, según me compartió una de mis interlocutoras “se esperaban toda la semana” y muchas veces se prolongaban por fuera del taller, tomando mate en alguna casa o simplemente “paseando” por el barrio. Así como han resaltado otros estudios sobre la participación de mujeres en experiencias política colectiva, la posibilidad de construir diálogos y encuentros con otras mujeres, hacía posible la puesta en palabra y visibilización de aspectos – como la violencia –

¹⁵ Para un análisis más detallado acerca del modo en que los programas sociales generan muchas veces una sobrecarga de trabajo en las mujeres, naturalizando su asociación a tareas de cuidado, véase Pautassi, 2013, Anzorena, 2013, Zibecchi, 2013

que hasta ese momento aparecían confinados al ámbito privado, habilitando la resignificación de sus trayectorias y entonces la construcción de una solidaridad entre mujeres (Cross y Partenio, 2011; Partenio, 2011; Espinosa, 2013, 2015). Las “beneficiarias” del programa construían cotidianamente estos espacios no únicamente como el cumplimiento de una “obligación” asumida individualmente al ingresar al programa. Lo que esperaban una de la otra no era solo el cumplimiento de un contrato que establecía la obligatoriedad de asistir a ciertas actividades. Entre asistir o no asistir, cumplir o no cumplir, se ubicaban un sinnúmero de matices y era allí donde entraban en consideración aspectos que no formaban parte de los requisitos establecidos en el programa y que involucraban tanto la forma en que se “participaba” como los términos en que se establecían los vínculos (saludar, llamar, acercarse).

El hecho de que exista un requisito de asistir a una serie de actividades, no alcanza para explicar los modos en que se construyen relaciones entre las mujeres ni impide que en estos espacios se construyan prácticas políticas colectivas. Como mencioné al comienzo, distintos trabajos que etnografiaron prácticas políticas de sectores populares han contribuido a problematizar una serie de imágenes morales contrapuestas acerca de lo que es y no es política como las de compromiso/necesidad (Fernández Álvarez, 2007, 2016) o clientelismo/resistencia (Quirós, 2011; Ferraudi Curto, 2011; Semán y Ferraudi Curto, 2013; Colabella, 2013). Estos estudios me condujeron a percibir la potencialidad de ir más allá de la oposición entre lo voluntario y lo obligatorio para pensar las prácticas de mujeres que participan de programas estatales. Comprender a la política colectiva como un hacer juntos (a) implica considerar su carácter a menudo contradictorio, contingente, fragmentario, fluido y parcial (Fernández Álvarez, 2016). Esta conceptualización me permite comprender las discusiones en torno a la participación, los enojos por las inasistencias, la circulación de chismes y la apelación a valores morales como partes centrales del proceso que hace posible la construcción de prácticas políticas colectivas.

Los modos de “participar” en las cooperativas no estaban definidos de antemano de forma uniforme. Se debatía recurrentemente acerca de en qué consistía esta participación y se discutía acerca de qué situaciones “justificaban” una inasistencia. Estos debates y reflexiones no se construían de forma escindida de aquellos discursos que solían circular en el sentido común acerca de quienes reciben ayuda estatal. A

menudo, mis interlocutoras me ofrecieron fotos de “las chicas trabajando” para que incluya en mis presentaciones en eventos académicos, agregando que para ellas era importante que “alguien valore su esfuerzo”. Durante los procesos electorales, resulta frecuente que los candidatos aclaren su perspectiva en torno al futuro de “los planes” como parte de sus propuestas. En estas declaraciones, se reproduce frecuentemente una imagen en la que los/as “beneficiarios/as” de los programas estatales son (y deben dejar de ser) “vagos” que “cobran sin hacer” o “tenían hijos para cobrar”. Como han señalado otros estudios, los/as “beneficiarios/as” de estos programas sociales han sido muchas veces asociados a valoraciones negativas como la de de “cobrar y no trabajar” (Maneiro, 2015; Nardin, 2017; Barbetti y Butti, 2016) o descriptos como “pasivos receptores de asistencia” (Hopp, 2013). Tal vez la preocupación porque se las “mostrara trabajando” y reivindicaban que “nadie les regalaba nada” constituye una de forma de responder a estas críticas. Estos argumentos son movilizados también cuando surgen desacuerdos entre las integrantes de las cooperativas. “No participar” o “ir solo para cobrar” solían formar parte de las acusaciones que se levantaban ante conflictos o desacuerdos. Retomando a Pitt Rivers (1989), podemos constatar el poder que tiene la opinión pública a la hora de construir prácticas y valoraciones morales. Las mujeres “del Ellas Hacen” se incorporaron así a un programa social que ya venía estando en el centro de la opinión pública y siendo objeto de diversos tipos de críticas. La *unidad*, como horizonte deseado hacia el cual las integrantes de las cooperativas buscaban cotidianamente aproximarse, constituía uno de los modos de contrarrestar estas estigmatizaciones posadas sobre ellas. La intención de construirse como un grupo unido y la frustración por aquellas situaciones en las que parecían alejarse de ese objetivo, eran sentimientos recurrentes en su cotidiano y, al decir de Fassin (2013) modos en que intentaban “actuar moralmente”. Más que una forma de ajustarse a aquello que son definidos como “valores” dentro del cooperativismo, la *unidad* constituía una forma de describir una serie de comportamientos que esperaban de sus compañeras.

Referencias Bibliográficas

ANZORENA, C. (2013). *Mujeres en la trama del Estado: Una lectura feminista de las políticas públicas*, Ediunc, Mendoza.

ARCIDIACONO, P., K. KALSCHTREJ y A. BERMÚDEZ (2014). “¿Transferencias de ingresos, cooperativismo o trabajo asalariado? El Programa Argentina Trabaja?” En *Trabajo y Sociedad*, pp. 341-356.

BARBETTI, P., y F. BUTTI (2016). “El Programa ingreso social con trabajo. Implementación y significaciones construidas por los sujetos participantes” En A. M. Perez Rubio, & P. Barbetti (comps.) *Políticas sociales, significaciones y prácticas*. Estudios Sociológicos, Buenos Aires, pp. 107- 128.

COLABELLA, L. (2013). “Llevarse la comida. Chisme y tabú en un comedor del oeste del Gran Buenos Aires durante una contienda electoral”. En *Debate Público. Reflexión de Trabajo Social*, 3(5), 150- 161.

EILBAUM, L. (2011). “Familia, justicia y moralidades en el conurbano bonaerense”. En *ANTHROPOLÓGICAS*, 15(22), 7- 35.

ELIAS, N. y J. SCOTSON (1994) "Observations on Gossip" en *The established and the outsiders. A sociological enquiry into community problems*. Sage, Londres. Pp. 89-105

ESPINOSA, C. (2013). “Malentendidos productivos: ‘Clivaje de género’ y feminismo en una organización de trabajadores desocupados de Argentina”. *La ventana*, 4(37), 289- 323.

----- (2016). “Equivocándote aprendés. Dinámicas corporales, dinámicas ejemplares”. En M. I. Fernández Álvarez, *Hacer juntos(as). Contornos, relieves y dinámicas de las prácticas políticas colectivas en sectores subalternos*. Buenos Aires: Biblos. Pp. 275- 294

FASSANO, P. (2006). *De boca en boca. El chisme en la trama social de la pobreza*. Antropofagia, Buenos Aires

FASSIN, D. (2012) “Introduction: Toward a Critical Moral Anthropology” en *A Companion to Moral Anthropology*. Willey Blackwell, Nueva York

----- (2013) “On Resentment and Ressentiment: The Politics and Ethics of Moral emotions”, en *Current Anthropology*, 54(3), pp. 249-267.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. I. (2007) “En defensa de la fuente de trabajo: demandas y prácticas de movilización en una empresa recuperada de Buenos Aires” *Avá* 11. pp. 63- 86.

----- (2014) “*El lenguaje de la eficacia interpelado. Contribuciones antropológicas al campo de las políticas sobre trabajo asociativo*”. Revista de la Escuela de Antropología, XX, 51- 65.

----- (2016) “Introducción: El desafío de hacer juntos(as)”, en *Hacer juntos(as). Contornos, relieves y dinámicas de las prácticas políticas colectivas en sectores subalternos*. Biblos, Buenos Aires

----- (2017). *La política afectada. Experiencia, trabajo y vida cotidiana en Brukman recuperada*. ProHistoria, Rosario.

FERRAUDI CURTO, M. C. (2011) “(Des)encuentros en torno de los sentidos de la política: devolución de la tesis en una organización piquetera”, en *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales*(24), pp. 111- 134.

FIRTH, R. (1976). *Elementos de antropología social*. Buenos Aires: Amorroutu.

FISZMAN, L. (2016) “Apuntes sobre el campo político. El caso del Programa Ingreso Social con Trabajo en un municipio del conurbano sur de Buenos Aires”, ponencia presentada en el II Congreso de Economía Política, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, 13 y 14 de octubre de 2015

FONSECA, C. (2000). *Família, fofoca e honra: etnografia das relações de gênero e violência em grupos populares*. Editora da UFRGS, Porto Alegre

GLUCKMAN, M. (1963) “Gossip and Scandal” en *Current Anthropology*4 (3) pp. 307-316

GRASSI, E. (2012) “Política sociolaboral en la Argentina contemporánea. Alcances, novedades y salvedades” *Revista Ciencias Sociales*(135-136), pp. 185-198.

HINTZE, S. (2007) *Políticas sociales argentinas en el cambio de siglo. Conjeturas sobre lo posible*. Espacio Editorial, Buenos Aires

HOPP, M. (2013) “¿Cooperativas o planes sociales?: un análisis del proceso de implementación del Programa de Ingreso Social con Trabajo “Argentina Trabaja” en un municipio del Conurbano Bonaerense”, ponencia presentada en las X Jornadas de Sociología UBA, Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires, 1 al 7 de julio de 2013

----- (2016) “Potencialidades y límites del Programa Argentina Trabaja en dos barrios populares del conurbano bonaerense”, en *DAAPGE* 27, pp. 7 - 35.

- HOPP, M., y M. FREGA (2012) “Trabajo asociativo y políticas sociales: Tensiones y potencialidades en la experiencia de implementación del Programa “Argentina Trabaja””, en *Debate Público. Reflexión de Trabajo Social*, 2(3), pp. 72- 81.
- HOPP, M. y S. GIMENEZ (2011) “Programa Ingreso Social con Trabajo “Argentina Trabaja”: una mirada reflexiva desde el corazón de su implementación”, ponencia presentada en el IV Encuentro Internacional de Trabajo Social. *FSOC, UBA. 12 y 13 de mayo*. Buenos Aires.
- LAMAS, M. (1986). “La antropología feminista y la categoría género”. *Nueva Antropología*, 30. pp.173- 198.
- LAMPHERE, L. (2000). The domestic sphere of women and the public wordl of Men: The strengths and limitations of an Antropological dichotomy”. En C. Brettell, & F. Sargent, *Gender in cross- cultural perspective*. New Jersey: Pretince Hall.
- LO VUOLO, R. (2010). “El programa Argentina Trabaja y el modo estático de regular la cuestión social en el país”, en *Documento de Trabajo N° 75*, CIEPP, pp. 2- 20.
- MANEIRO, M. (2015). "Representaciones sociales sobre el Programa Argentina Trabaja en las clases populares urbanas", en *Katál.*, 18(1), pp. 62- 73.
- MASSETTI, A. (2011). “Las tres transformaciones de la política pública asistencial y su relación con las organizaciones sociopolíticas (2003-2009)”. *Entramados y Perspectivas*, 1(1), 9-36.
- NARDIN, S. (2017)”Como echarle agua al mar: alteridad y distinción en la construcción identitaria de un movimiento de trabajadores desocupados”, en *Trabajo y Sociedad* 29. pp. 537-553
- NATALUCCI, A. L. (2012) “Políticas sociales y disputas territoriales. El caso del programa Argentina Trabaja” en *Perspectivas de Políticas Públicas*(3), pp. 1- 26.
- PACÍFICO, F. (2016) “Más allá del programa Políticas estatales, mujeres y vida cotidiana en el Gran Buenos Aires” (tesis de licenciatura), UBA, Buenos Aires.
- (2017) “Meterse en política. Experiencias cotidianas de mujeres en cooperativas y programas de inclusión social” en *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, Vol. 4. Pp. 30- 39
- PARTENIO, F. (2011). “Género y participación política: los desafíos de la organización de las mujeres dentro de los movimientos piqueteros en Argentina”. En P. L. Aguilar, S. Argüello, M. F. Gorra, F. Gutiérrez, A. Iervolino Carrió, D. Munevar

Sastre, L. Sertório Teixeira, *Las deudas abiertas en américa latina* Buenos Aires: Clacso. Pp- 245- 288

PAUTASSI, L. (2013). “El trabajo de cuidar y el derecho al cuidado. ¿Círculos concéntricos de la política social?”, en *Revista Cátedra Paralela*(10), 65- 92.

PITT RIVERS, J. (1989). *Un pueblo de la sierra: Grazalema*:Alianza, Madrid.

QUIRÓS, J. (2011). *El porqué de los que van. Peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires (una antropología de la política vivida)*.Antropofagia, Buenos Aire

ROCKWELL, E. (2009). *La Experiencia Etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Paidós, Buenos Aires

ROSALDO, M. (1995). O Uso e o abuso da antropología: reflexoes sobre o feminismo e o entendimento intercultural. *Horizontes Antropológicos*, 1(1), 11- 36.

SCOTT, J. (1996). "El género, una categoría útil para el análisis histórico". En M. Lamas, *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. Mexico: Porrúa-Pueg.

SEMÁN, P. y M.C. FERRAUDI CURTO (2013) “La politicidad de los sectores populares desde la etnografía: ¿más acá del dualismo?”, en *Laboratorio*(25), 151-165.

VUOTTO, M. (2008) “ El alcance de las estrategias gubernamentales de promoción de la economía social en la Argentina”, ponencia presentada en el 27° *Congreso Internacional del CIRIEC*. Sevilla, 22 a 24 de septiembre de 2008

ZIBECCHI, C. (2013). *Trayectorias Asistidas Un abordaje de los programas sociales en Argentina desde el enfoque de género*. Eudeba. Buenos Aires

Recibido: 15/12/2017

Evaluado: 15/04/2018

Versión final: 18/06/2018

Cita sugerida:

Pacífico, F. (2018) “¿Somos (des) unidas? Chismes y valores morales a partir de una etnografía de la participación de mujeres en el Programa Ellas Hacen”. En: *Revista de la Escuela de Antropología* (XXIV), Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

Versión en línea disponible en:

<https://revistadeantropologia.unr.edu.ar/index.php/revistadeantropologia/article/view/Pacifico>